

3. Ex conventos de Hidalgo, México

3.1 El estado de Hidalgo.

Ubicado en la porción central del país, entre los estados de México, Tlaxcala, Puebla, Veracruz, San Luis Potosí y Querétaro, Hidalgo, es un estado lleno de profundos contrastes a lo largo y ancho de sus 20,813 Kilómetros cuadrados, surcados en su parte media por la Sierra Madre Oriental, que recorre longitudinalmente todo su territorio, dando paso a las nueve regiones naturales que la conforman geográficamente.

La primera se extiende en las últimas estivaciones serranas rumbo al Golfo de México y se denomina Huasteca región que se prolonga por los estados de Veracruz y San Luis Potosí, parte de Querétaro y Puebla y llega hasta Tamaulipas.

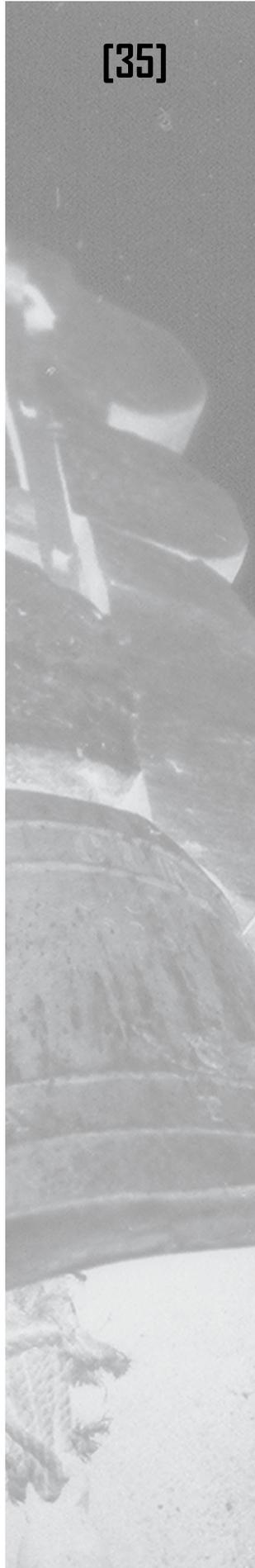
La segunda se constituye a lo largo de la Sierra que conforma a su vez cuatro regiones: la que se ubica en los límites con Querétaro y se denomina Sierra Gorda que continua en dos vertientes hacia la zona central del estado, una prolonga el sesgo de la gran masa montañosa y se llama Sierra Alta la otra se desprende hacia la Meseta Central y se conoce como Sierra Baja; el último brazo de la sierra penetra en los límites con Puebla y Veracruz y lleva el nombre de Sierra Tepehua o de Tenango.



Finalmente se encuentran los territorios de la región occidental, donde se ubican El Valle del Mezquital, El Valle de la Teotlalpan, Los Llanos de Apan y El Valle de Tulancingo.

Tres son los sistemas hidrográficos que existen en Hidalgo, todos tributarios del Golfo de México; el primero es el Amajac, que nace en Sierra baja y se precipita sobre Omitlan, donde recibe diversos afluentes, sigue bordeando los municipios de Actopan y Atotonilco el Grande, donde se le une el río Tizahuapan y más adelante sirve de límite a los municipios de Metztitlán e Itzmiquilpan y continua por el rumbo de Chalpuhuacán y Tepehucán de Guerrero para salir por el estado de Veracruz.

El otro sistema es el del Río Metztitlán que nace con el nombre de Tulancingo y recoge en primer término las aguas de algunos afluentes conectados con las lagunas de Apan, Atocha y Tecocomulco, cruza por Acatlán. Huasca y Atotonilco el Grande hasta llegar a la imponente barranca de Metztitlán, donde humedece las tierras de la fértil vega de ese nombre y vierte sus aguas en la laguna Metzca, de donde sale para unirse con el Amajac a la altura del municipio de Tlahuiltepa.



El tercer sistema hidrográfico esta constituido por el Río Moctezuma, originado al Noroeste de la ciudad de México, que penetra al estado por el municipio de Tepeji de Ocampo, donde recibe el nombre de Río Tula. A lo largo de este recorrido recoge las aguas de varios afluentes, hasta llegar a los límites con el estado de Querétaro, donde se le une el gran caudal del Río San Juan y las aguas del Tecozautla, en este sitio cambia su nombre por el de Río Moctezuma.

Al margen de estos sistemas existen otras corrientes de agua autónomas, como las de los ríos Candelaria, Garces, Atlapexco, Hule, Tlacolula y Yahualica, que nacen en la sierra Alta y riegan los terrenos de la Huasteca Hidalguense. Dos más, recorren la Sierra Tepehua y son el Chiflón y el Huehuetla. La entidad hidalguense, es una tierra llena de contrastes, ubicada en la porción central del país, entre los estados de México, Tlaxcala, Puebla, Veracruz, San Luís Potosí y Quéretaro.

Estudios arqueológicos le dan origen de presencia humana aproximadamente siete u ocho mil años d. C., convirtiéndose en un paso obligado para tribus y pueblos nómadas en busca de un asentamiento definitivo, algunas de estas logrando un establecimiento definitivo en esta región alcanzando un gran desarrollo.

Los primeros en fundar colonias en estos territorios, fueron grupos Olmecas, que aprovecharon los bancos de jade y serpentina, así como diferentes variedades de basalto y obsidiana, entre estas últimas la de color verde, sumamente rara, ya que sólo se encuentra en la región de Pachuca. Después, son los Teotihuacanos quienes dejan huella de su paso en lugares como Tepeapulco y Huapalcalco (muy cerca de Tulancingo), el primero escogido como atalaya estratégica, para vigilar las fronteras de su gran metrópoli y el segundo como centro de acopio de materias primas para abastecer sus talleres de obsidiana.

Vinieron después los Otomíes, de origen aun desconocido. quienes se asientan en el desértico Valle del Mezquital, aunque algunos emigraran más tarde a la Sierra Tepehua en busca de lugares más benignos. Continúan los Huasteca o Cuexteca, establecidos, en la fértil zona que aún lleva su nombre y casi a la par, los Tolteca, que guiados por Ce Acatl Topiltzin Quetzalcoatl, después de un largo recorrido, fundan en la vieja población otomí llamada Mahmení, la Tula Xicocotitlan, centro de una las más grandes civilizaciones de mesoamérica, irradiadora de la Toltequidad (Toltequidad) que es la acumulación de su gran desarrollo social, político, religioso y económico cuya influencia se hizo sentir hasta Yucatán.

Finalmente serán los Mexica, quienes cruzan y se asientan temporalmente en estas regiones durante su peregrinaje para encontrar el lugar donde habrían de fundar el centro de su cultura. Su estancia se prolonga durante cuarenta años, en los que tocan lugares como Tula, Atitatalaquia, Tlemaco y finalmente, Atotonilco de Tula.

3.2 Los ex conventos

La importancia de estas construcciones se basa principalmente en la llamada Conquista Espiritual, ya que los frailes no sólo se limitaban a su afán de adiestrar a los indios mexicanos en nuevas artes y en contadas ocasiones protegerlos del abuso de otros españoles, si no su propósito residía en ganarlos como frailes de una nueva religión o como se conoce comúnmente lograr la evangelización.

La religión había sido un elemento en las sociedades prehispánicas esencial para la dominación de grandes grupos humanos, esto serviría a los españoles en la empresa de una conquista y colonización como justificación a la conversión al cristianismo.

La planeación en la construcción de estos templos y conventos inicia con la aparición de los primeros frailes franciscanos a territorio mexicano en 1523, al ver en ruinas Tenochtitlan comienzan a distribuirse en todo las partes más accesibles del Edo. de Hidalgo, obligando a los indios mexicanos a prenderle fuego a sus templos para edificar sus iglesias.

El primero en construirse fue el de Tepeapulco, siguiendo con su evangelización en la altiplanicie Pulquera, en el Valle de Tulancingo y en el Valle del Mezquital.

En 1533, llega a al nueva España la orden de San Agustín y al ver que los sitios de fácil acceso ya estaban siendo ocupados por la orden de San Francisco se apropian de las regiones lejanas y de difícil acceso, como lo son la Sierra Madre, la Huasteca Hidalguense y algunos otros sitios accesible que aún no habían sido visitados por los franciscanos, como: Singuilucan, Actopan e Ixmiquilpan.

Fue tanta la premura de los frailes por evangelizar la región que en menos de medio siglo, el Estado de Hidalgo ya estaba ocupado por una treintena de conventos.

Sin embargo, cabe mencionar que el único caso de ordenes religiosas que no realizó directamente labores de evangelización en Hidalgo, fue la de los juaninos, quienes hasta pasando 120 años de su llegada que se les permitió fundar un hospital el cual comenzó a funcionar hasta 1750, año en que la mayoría de los conventos ya no pertenecían a Franciscanos o Agustinos, si no al clero secular que no obedecía a otro superior de no ser el arzobispo de México.

El Edo. de Hidalgo es el heredero de un arte arquitectónico de los siglos XVI al XVIII, rico en belleza, producto del trabajo de evangelización principalmente de los frailes franciscanos y agustinos; son notables las diferencias que contienen ambos conjuntos, por un lado las construcciones franciscanas son modestas y sobrias delatando una modestia perceptible, sin carecer de interés; por el contrario los agustinos cuentan con construcciones más elaboradas y ostentosas, características que se pueden notar también en las pinturas y frescos que están dentro de las construcciones.



3.2.1 Ex Convento y templo de San Nicolás Tolentino

(Municipio de Actopan)

El ex convento de San Nicolás Tolentino o San Agustín de Actopán como raras veces es mencionado se encuentra dentro del municipio de Actopán, municipio fundado el 16 de julio de 1546, año en que los frailes Agustinos evangelizaron la región.

Actopan fue el primer nombre recibido hacia la región, llevándolo a su modificación actual, se deriva de **atocli**, tierra húmeda, gruesa y fértil, y **pan**, en o sobre: en tierra gruesa y fértil: Actopan.

La construcción de la iglesia y del convento se desarrolla entre el periodo de 1550 y 1570, conjugando formas arquitectónicas de diversos estilos, por lo que es considerada una obra de primer orden en arquitectura religiosa mexicana, por su grandiosidad, elegancia y riqueza formal, combinando tendencias platerescas con elementos claros de la influencia mudéjar, cuenta también con una decoración geométrica en la bóveda de la capilla y una característica renacentista como los arcos de medio punto del claustro alto.

Hacia el año de 1573 el conjunto ya estaba concluido contando con tres edificios: la Capilla abierta, la Iglesia y el Convento; además de las caballerizas, macheros, huerta y una cisterna de grandes proporciones para usos de la comunidad.

La Capilla abierta o también llamada Capilla de indios esta formada por una bóveda de medio cañón, seguido de 17.5 metros de luz perpendicular a la fachada, limitando con un gran arco de fina arquivolta con molduras del renacimiento, la bóveda esta decorada en su interior con murales que presentan un singular sincretismo religioso, representando escenas del Génesis y el Juicio Final en el muro frontal y escenas del Infierno plagadas de almas atormentadas por diablos en los muros laterales.

La Iglesia es una planta rectangular de 14.50 x 64 m. con abside poligonal, cubierta por bóveda de cañón seguida del abside y el arco del triunfo, techados con bóveda de crucería ojival. El coro esta soportado también con una bóveda de crucería que se apoya en arcos torales muy rebajados. La portada es toda de piedra labrada, ocupada gran parte del imafrente de estilo plateresco y limitada de cada lado con columnas apareadas y estriadas con fustes muy alargados, decorados con casetones, a la vez contiene serafines, frutas y flores esculpidas finalmente en las enjuntas de los arcos se encuentra esculpido el escudo agustino. Los altares en la actualidad son modernos y desproporcionados.

La Iglesia cuenta con una sacristía anexa que comunica con un amplio bautisterio de planta cuadrada y techada con bóveda de nervaduras, dispuesta en forma de estrella.

El Convento cuenta con dos plantas, su planta baja compuesta por tres arcadas apuntadas sobre pilares de cada lado, los



corredores bajos están techados con bóveda de crucería y bellos contrafuertes, aquí se encontraban la sala “De Profundis”, el refectorio, la cocina y otros anexos, se conectaba con la escalera que aún conserva en sus muros frescos con retablos de personajes de la orden Agustina, de gran interés histórico y artístico, debajo de la escalera esta clausurada la covacha por un muro de adobe, conservándose en perfecto estado un fresco que representa a Fray Martín de Acevedo y los indios caciques don Juan Inica Atocpa y Pedro Ixcuicuitlapico. El piso superior se compone en cada lado de seis arcadas de medio punto sobre columnas con capiteles dóricos y bases con la característica garra ojival. El techo es de viguería de madera, misma que presenta restos de un sencillo artesonado. Toda la construcción del claustro es de piedra cortada. En esta planta los corredores dan acceso a un pasillo general que comunica a todas las celdas.

Existía así mismo un jagüey, construido al mismo tiempo que el convento, este suministraba agua a toda la población, antiguamente alimentado mediante una cañería o acueducto de cal y canto.

Actualmente las condiciones materiales en lo que se refiere al templo son buenas, regulares en el convento y devastador el de algunas dependencias de este mismo.

3.2.2 Ex Convento y templo de San Andrés

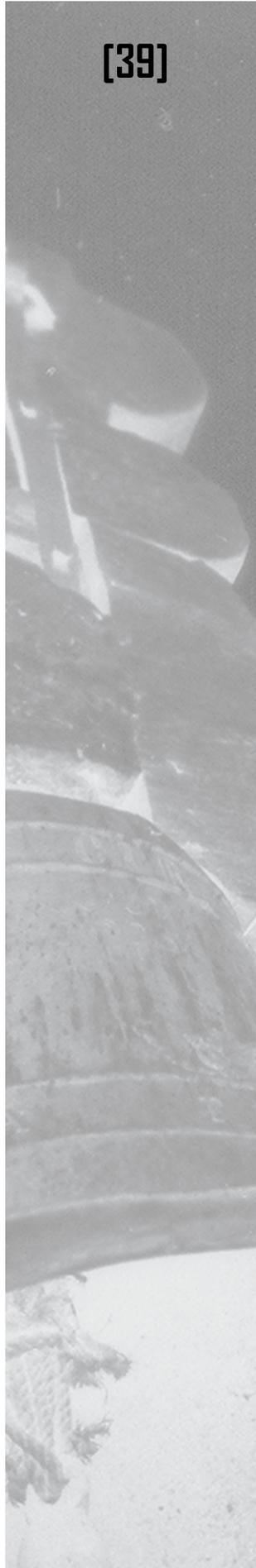
(Municipio de Epazoyucan)

El municipio de Epazoyucan es uno de los pocos que conserva aun intacto su nombre, que en la lengua náhuatl significa Lugar de mucho epazote o Lugar que pertenece al epazote, donde **Yotl** significa lo que pertenece y **Can** lugar de.

Es un bello conjunto del tipo fortaleza levantado por los frailes agustinos entre 1550 y 1570. Al fondo se encuentra un amplio cementerio y sobre la plataforma se localizan el templo y el ex convento. La fachada del templo es de estilo plateresco muy sobrio, aunque de gran elegancia, pues muestra columnas pareadas con sus cuerpos trabajados en formas acanaladas y salomónicas por

tramos y un curioso alfiz que envuelve a la ventana del coro con un remate triangular. La capilla abierta está junto a la fachada y su bello arco muestra un tallado de gran influencia indígena, al igual que las tres capillas posas que se conservan en el atrio. En el interior del templo aún se conserva el entramado de madera en el coro bajo y en el claustro anexo existen una serie de pinturas murales de magnífica factura realizadas en el siglo XVI y atribuidas al célebre pintor Juan Gerson, entre las que destacan en el claustro bajo cuatro con temas de la Pasión de Cristo.

El convento presenta huellas de haber sido objeto de pequeñas modificaciones para usarse como casa cural y de mutilaciones destructoras ocasionadas por el paso del tiempo, uniéndose a esto la falta de cuidados y reparaciones, observamos un mal estado general que se vuelve ruinoso en algunas partes.



3.2.3 Ex Convento y templo de Los Santos Reyes

(Municipio de Meztlán)

Se ha distado sobre la interpretación del significado etimológico que se le da al nombre del municipio de Meztlán, se basa principalmente al petroglifo que lo representa y lo descomponen en **metztl**, luna; **tetl**, piedra; y **taln**, sobre, o sea luna sobre la piedra.

El ex convento es un monasterio agustino que presenta una decoración con distinguidas tendencias platerescas, tomando el nombre de los Santos Reyes por la veneración que los agustinos tenían a dichos personajes. Históricamente fue fundado en 1537, iniciando la construcción realmente entre 1536 y 1560, por los frailes Juan de Sevilla y Antonio de Roa a quienes se les otorga la grandeza del edificio y la majestuosidad de sus altares.

La Iglesia esta constituida por una nave rectangular y de un medio hexágono el ábside. Su cubierta es de bóveda de cañón seguido que termina en forma de nicho sobre el ábside poligonal anticipado por un tramo a la manera de crucería ojival.

Tiene la iglesia un arco de ábside sobre pilastras apareadas con un solo capitel del renacentista; tres puertas dan acceso a la nave, la puerta principal de la fachada, la que conecta a los corredores del claustro

y la que se encuentra en el presbiterio, por el lado de la epístola. Proporcionan, por su altura, luz difusa a la nave dos ventanas al oriente, otra menor en la fachada ilumina el coro. El aspecto de templo-fortaleza la dan el espesor de sus muros, la altura de sus escasas ventanas y sus macizos contrafuertes son aspectos característicos de las construcciones durante los primeros años de la dominación española.

La fachada principal esta decorada sobre su superficie lisa con un prototipo de estilo plateresco.

Los muebles inmuebles que aún se conservan en la iglesia y sacristía son unos retablos de madera tallada y dorada; esculturas, algunas de ellas estofadas y pinturas sobre madera o lienzo. Los retablos en altares colaterales son cinco, el del altar mayor y un fragmento de otro destruido. El primero en el muro oriente, es de estilo barroco, con reminiscencias platerescas, correspondiente al siglo XVII. El segundo, estaba igualmente decorado, existiendo actualmente sólo diez de las doce pinturas que le correspondían. El más antiguo es el tercero, correspondiente al siglo XVI, se compone de dos cuerpos completos, encuadrados en columnas corintias, sobre pedestales formados por figuras completas de angelitos. En el muro poniente y retrocediendo a la salida del templo, está otro dedicado a las vidas de la Virgen María y San José, retablo de estilo barroco y perteneciente al siglo XVII. El último falto de la parte superior también corresponde al estilo barroco.



El altar que le sigue es de fecha reciente y sin estilo definido; en el han sido colocados cuatro lienzos retirados del retablo, los de la parte superior se encuentran en buenas condiciones, los de abajo han sido repintados lastimosamente.

El convento cuenta con un patio cuadrado que proporciona luz a los corredores de ambos claustros, teniendo estos cubiertas de cañón corrido y en los cuatro rincones crucería a la manera ojival.

Es un monasterio agustino que presenta una decoración de distinguidas disposiciones platerescas. En su totalidad la fachada del templo es plateresca, exceptuando las finísimas líneas de la portada lateral, están conforman tendencias renacentistas, su decoración en general es discreta y refinada, destacando de su portada la gran espadaña de siete varas que la corona, en su interior lucen cinco retablos finamente tallados en madera y bañados en oro. El claustro bajo tiene una bóveda de medio cañón y los muros del monasterio conservan algunos frescos interesantes.

En la parte alta se encuentran el departamento prioral, siete celdas, los excusados, las habitaciones de los forasteros, la capilla particular del monasterio, la escalera, una pieza de paso para el coro y la escalera de caracol que conduce a las azoteas. En la esquina del lado sur, en estado de ruinas se encuentra un departamento de dos pisos. Al parecer en la parte superior se encontraban la biblioteca, la sala de juntas y una terraza o logia con dos arcos al poniente.

En la parte posterior, unidas a la iglesia, existen en mal estado dos capillas abiertas. Aún existe también una pequeña arquería, que corre paralelamente a la barda norte del atrio, compuesta con ocho arcos de medio punto, por último, la huerta se extendía por la parte posterior de las construcciones, de la que actualmente solo queda una angosta faja.

En la actual capilla de la Virgen María hay dos lienzos mas representando a la Virgen María y a San Juan, además de dos

pequeñas esculturas de muy fino estofado que representan a San Agustín y Santa Mónica.

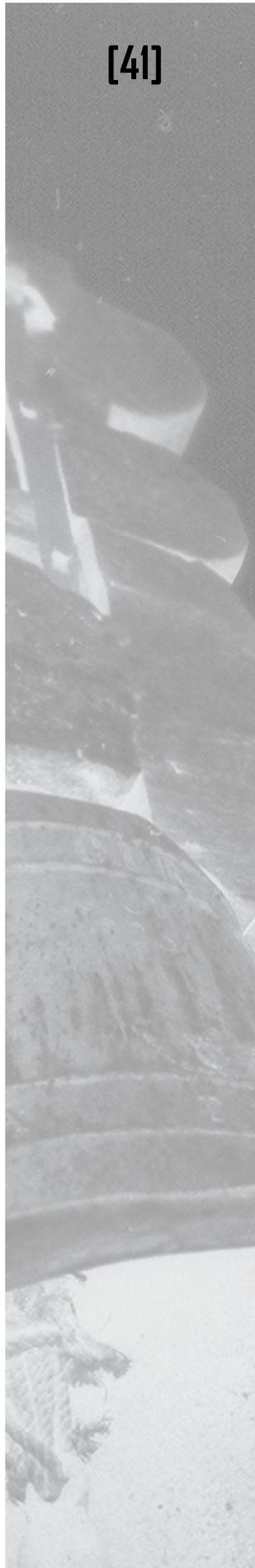
El retablo del altar mayor es del siglo XVI y esta formado por tres grandes cuerpos de remate, en sus bases ostenta en relieve estofado los bustos de los cuatro evangelistas. En el cuerpo superior se admira al centro la adoración de los Reyes Magos, a quienes esta dedicado el templo, finalizando a los lados con dos pinturas más.

En el tercer cuerpo están representadas, en sendos lienzos laterales La Asunción y La Asunción, en dos nichos San Juan y Santa Mónica y al centro un grupo de tres esculturas de magnífica realización y severo colorido que representa La Crucifixión.

En la nave existe un lienzo de gran tamaño, en buenas condiciones. En la sacristía se destaca un lienzo de gran tamaño maltratado en parte, con marco de madera decorado en negro y otro que representa El Santo Entierro.

También se presenta un lienzo grande, sin marco en malas condiciones representando a Jesús y San José coronando a la Virgen María.

El estado general de la conservación de la Iglesia como del convento es regular, sin embargo existen partes del convento en completo estado de ruinas.



[42]

3.2.3 Ex Convento y templo de San Francisco de Asís

(Municipio de Tepeapulco)

Es un magnífico e histórico conjunto fundado por los franciscanos en el que estaba asentado el templo dedicado a Huitzilopochtli en el periodo comprendido de 1530 y 1560. En encostado de la fachada se encuentra la cruz atrial, tallada con los símbolos de la pasión en ingenuos rasgos indígenas. El convento anexo fue levantado sobre una plataforma indígena y en los corredores de los claustros altos y bajo aún se conservan algunos buenos ejemplares del siglo XVI, con diferentes temas como son una misa gregoriana, el calvario, San Lorenzo. Los temas de los frisos, muestran gran creatividad, presentan ángeles grotescos renacentistas y escudos que probablemente son una representación de la eterna lucha del bien



y del mal. Estos murales tienen una innegable influencia de los maestros clásicos europeos.

Las tres entradas principales del atrio tienen portones de herrería, cuyas manijas ostentan decoraciones de fierro en forma de dragones y coronas con espinas. Al centro del espacio arbolado que constituye el atrio, se alza una fuente de piedra con incrustaciones de mármol y obsidiana, formada por cuatro cabezas de león en piedra, con ojos de vidrio.

Los pasillos del atrio están empedrados, dibujando senderos que forman cuatro glorietas, limitando jardinerías. El arco principal de la entrada del atrio tiene al centro un grabado con el escudo de las cinco heridas de los franciscanos. Este atrio limita al sur con una plaza y cancha deportiva.

Presenta en su fachada una bella portada con estilo plateresco en su arco, jambas y alfiz decorados con motivos vegetales. Sobre el eje de la puerta se ve un alto relieve arriba del arquitrabe, que es una representación del momento en que San Francisco recibe los estigmas de las llagas de Jesucristo y sobre el alfiz un diminuto nicho. La mano indígena es evidente desde la concepción misma de la obra, en lo rechoncho de las figuras humanas y en la interpretación de las montañas y los árboles, a la manera de la escritura prehispánica.

El interior del templo, labradas en cantera, son un magnífico ejemplo de la labor didáctica que realizaron los misioneros, puesto que cada uno es compendio de la pasión y muerte de Cristo. Son, además, un ejemplo de sincretismo, al reflejar en sus motivos, elementos del mundo indígena.

En general el conjunto arquitectónico se encuentra en buen estado, salvo algunas partes aisladas que están en condiciones ruinosas; los pisos, entresijos y techos del convento se encuentran en mal estado.